

Angelina Muñiz Huberman. *De Magias y prodigios (transmutaciones)*. México: FCE, 1996.

“La puerta de cristal sigue cerrada y no me he atrevido a girar la perilla” dice la voz femenina del cuento “Una casa en el bosque de Oldenburg” quien sutil, lenta y certeramente va contándonos las cosas raras y extrañas que presencia en esa casita apartada, en un bosque que se nos antoja de cuento fantástico. Ella no se atreve a girar la perilla y detenida ante la puerta de cristal —pienso— ésta le devuelve su propia imagen interrogante y pensativa. Pero nosotros, lectores sacrílegos, primero atisbamos por esos cristales y después decidida y de manera audaz giramos la perilla para adentrarnos al mundo mágico y prodigioso de Angelina Muñiz. Ese pequeño movimiento —girar la perilla— nos permite introducirnos en un mundo alucinante y multicoloro donde el pasado se tutea

con el presente y éste transita libremente en un tiempo suspendido, detenido; manecillas arrancadas de un reloj cuyo tiempo es un simple estar, ser, suceder, trascender, ascender. Tiempo detenido en la mágica pluma de la escritura que la autora suspende en el devenir maravilloso de la conjugación de verbos, de la hilación de sustantivos y en el adjetivo preciso, correcto, inmaculado. Escritura no turbada por lo cotidiano y que sin embargo reconocemos nuestra, la de ayer y la de hoy, la del alquimista solitario, la del escribano absorbido en su pensamiento profundo o en el lamento mustio y constante de la niña-mujer sentada en la Sinagoga de Portugal. Así, el tiempo, como llama que consume y no da pena, oscila libremente del siglo xvi al xx; de las murallas que congelan el instante mismo en que el dominico Iordanus salta, hasta el vuelo vagabundo y circular del águila del torreón de Mixcoac. El tiempo transcurre sin tiempo, se detiene en sí mismo y los personajes cohabitan en él o con él sin diferenciar ayer, hoy, edad media, campos de concentración o calles solitarias de una colonia del Distrito Federal. El tiempo es una totalidad en sí mismo.

“El cabalista no habrá de reconciliar el sueño. El insomnio se unirá al amanecer y será parte del nuevo día” (42). Esta circularidad sin escisiones, ni raspaduras que envuelve a los personajes, también nos conforma a nosotros los lectores y juntos navegamos las aguas del mismo río.

El libro, conformado por catorce cuentos lleva por título *De Magias y prodigios* y como subtítulo *Transmutaciones*. Si nos acercamos al diccionario leemos que magia es una ciencia oculta que pretende realizar cosas maravillosas y prodigio es un suceso extraño que excede los límites de lo natural, y si a estos dos conceptos donde es posible que lo encantado participe de lo natural, si a esto, digo, le añadimos el subtítulo de transmutaciones que significa convertir, entonces podremos entender qué sucede dentro de estas 100 hojas que integran el texto. Es entonces cuando podemos ir comprendiendo los sucesos a los que haré referencia de manera breve.

Si bien el tiempo —como lo señalamos antes— es algo que la autora vuelve en mágico, igualmente cierto es que este tiempo está tramado, entretejido en un espacio-atmósfera de sucesos que únicamente en ése espacio se suscitan y desarrollan.

Así, por ejemplo, en ese discurrir espacio-temporal de don Illán puede precipitarse todo el ascenso, coronación y muerte del deán de Santiago, antes de que éste pudiera, al menos, pasar la primera prueba; “el cabalista se dirige a la mesa para encender la vela: la vela está encendida: el cabalista se contempla a sí mismo contemplándose a sí mismo: escribiendo”. En este espacio, creado por la autora, vemos cómo las

realidades conocidas o los mitos repetidos son subvertidos, trastocados; crea situaciones, las recrea, las transmuta.

Ahora bien, este espacio está sustentado sobre un terreno firme, fuerte de rocas, montañas, torreones o colinas que siempre nos dan la idea de ascenso, de altura, como si, efectivamente, los personajes no parecieran de este mundo real sino de una realidad virtual que los ha elevado a una dimensión desconocida para el resto de los seres, develada única y exclusivamente para ellos. "Mercucio, baja precipitadamente las escalinatas de piedra" mientras, "arriba, más arriba, en los altos escalones cae Romeo" y "más arriba, más arriba aún, Giulietta se ha arrojado al mar, en este su único vuelo" (15). "Primero midió con la vista la altura del muro", "Quien quiera oír la palabra [...] deberá subir al acantilado", "La salida de Aquisgrán está marcada en los signos en alto", "en un alto nido de águila", etcétera. La altura, lo alto, la voluntad en ascenso, como si en ese mundo alejado de la tierra todo pudiera ser posible; paraíso irreplicable que se pierde en el descenso, que se estrella en la tierra porosa de espinas y soledades; paraíso que se recupera en lo alto, en el encuentro con la sabiduría, con la palabra, con el conocimiento hecho verbo, traducido libro. Si la caída es la pérdida del paraíso, éste, a través de la palabra y el conocimiento, es posible recuperarlo.

Como la monja barroca de nuestro siglo XVIII, también Angelina Muñoz necesita el encuentro en esa piramidal —ahora— luminosa, radiante, encendida. La altitud en Angelina es el encuentro con esa realidad necesaria, a veces intangible, pero dominante y determinante que es el razonamiento, la lucidez. El rabino del Acantilado dice: "Son los mejores momentos: leer, escribir: pensar" y es esto, precisamente, lo que la autora nos enseña y nos transmite y en esa altitud está el conocimiento conjugado con la soledad, esta soledad no como un resquicio huraño y oscuro, sino la "soledad en llamas" cuyo resultado se escancia en las páginas de la escritura sagrada o sacrílega, real o encantada, qué más da, si en este mundo de transmutaciones lo uno y lo otro son equivalentes y complementarios. La búsqueda es de ascensión, pues el resultado es la purificación perfecta de la palabra escrita.

Un aspecto que me parece fundamental resaltar es el hecho de que en la narrativa de Angelina la figura femenina está apenas dibujada, apenas consentida. Como aguas marinas lejanas de cualquier marea estruendosa y amenazadora, se yergue lenta, paulatina y silenciosamente en ese cosmos casi siempre masculino. Como brazos de mar, se agitan despacio hasta alcanzar una playa solitaria y aislada, donde reposar y repasar sus recuerdos, sus ayeres y sus ayes acallados en su propia figura secreta y oculta.

Más que presencias reales aparecen en el libro como ecos conservados a través del tiempo y del espacio; su misma voz repite sus palabras, se oyen a sí mismas y dentro de su mundo interior —coraza impenetrable para los demás— se traducen a ellas mismas. Isobau recoge, minuto a minuto, paso a paso su ayer y su presente para conformar, con esas hojas secas, una mortaja que la cubre y la aísla tan totalmente que se niega hasta “la compañía de los gusanos redentores”. Isobau escogió su soledad y como tálamo nupcial se regodeó en ella hasta convertirla en otro yo, en otra voz, en otro vacío. Pero esa soledad, vastedad tanta que convertida en oquedad —paradójicamente— acompaña y regodea, se extiende en los últimos cuentos. La voz susurrante de “el alma disecada”, se repite en la protagonista de “Una casa en el bosque de Oldenburg”, “La sinagoga portuguesa” y “El nido de águila del torreón de Mixcoac”.

Como en una especie de monólogos interiores, estas mujeres se cuentan, nos cuentan, se preguntan, nos preguntan, su pasado, su presente y, ¿quizá?, su futuro. Etty y Ana, Ana y Etty, desdobladas, no, las mismas, otras, son el goteo constante de una herida que no acaba de sangrar y se hablan y “quiero explicar lo inexplicable. Razonar lo irrazonable”. Las mujeres de estos cuentos repasan lo pasado y lo futuro y entretejen el presente con la soledad. Como figuras de otro mundo, de otra realidad, viven en silencio, hacia dentro, forman su espacio y su interior crece donde sólo ellas lo saben y lo habitan: “Nido concentrado dentro del mundo circular del torreón. Dentro de la esfera de la tierra. Dentro del óvalo del universo [...] El nido del águila es mi nido”.

Dentro de esa realidad, ausente de papel, de tinta y de libros —como en el mundo masculino—, estas figuras femeninas conforman una realidad donde sólo ellas tienen cabida; el mundo de fuera las toca pero permanecen incólumes ante el universo expectante. “Nos iremos juntas. Elevándonos sin esfuerzo. Cada vez más arriba, más arriba. Entre las nubes y la transparencia”.

Heredera de la cultura barroca española y del mundo medieval, nuestra autora hace verdadero brocado donde los hilos dorados del siglo de oro español, se entretejen con la magia, la superstición y el hechizo de lo medieval. En las páginas del libro transitan monjes, alquimistas, peregrinos y los pasillos casi laberínticos de iglesias, conventos, caminos y recintos, se entrecruzan con los campos de concentración, con un torreón contemporáneo o con los encajes blancos de una blusa de cuello alto. Por eso al principio dije que el presente y el pasado se tutean en un intercambio de voces dichas ayer y recogidas hoy.

Pienso que la preocupación de nuestra autora es la obsesión por la escritura, por los libros, por la cultura toda que ella aprende y aprehende para transmitirnos sus preocupaciones en un lenguaje simbólico y culterano. De frase breve y párrafos cortos, su prosa fluye como espumoso mar gongorino en un ritmo sonoro; aliteración perfecta en un endecasílabo alargado, forma mágica de su quehacer literario. La magia de la sabiduría y el prodigio del conocimiento, o a la inversa, se suman en una adecuación que traduce la más pura tradición literaria de nuestra lengua española.

Aliteraciones: “Es el vacío prolongado. Ni tiempo. Ni espacio. Es el hueco que no sangra. Es la puerta que da a otra puerta que da a otra puerta que da a otra puerta... Que da a. Que da. Que. Qu. Q”. “Empezó a tomar fotos. Una. Tras otra. Tras otra. Tras otra. Tras otra”.

Conceptos: “Es decir: el sufrimiento. Es lo único que tenemos y tememos. Es la constancia debida de vida”.

Frases que con una economía fina y delicada destilan un universo abigarrado de conocimientos. El tintero de Góngora y Sor Juana, o el de Zenón, el alquimista de la escritora francesa, vuelve a ser llenado para beber de él y crear una literatura deslumbrante.

Así, *De magias y prodigios* nos introduce al cosmos de lo universal y secreto; de lo conocido pero olvidado o bien de lo descubierto pero no entendido. Realidades, fantasías, mundos de otros mundos se dan cita en estas páginas donde la magia hace posible lo prodigioso gracias a la pluma de Angelina.

MARCELA PALMA

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM